

MUJER DE MAGIA NEGRA

UNA NOVELA CON TERSURA VERBAL Y SUAVIDAD IDIOMÁTICA*

Germán Santamaría

Dicen que no existe una cara de escritor. Pero yo podría jurar que Fernando Ayala Poveda la tiene. Sin embargo, para escrutar ese rostro se necesita algo más que un simple par de ojos. Para explicar esto, sería bueno recordar aquella anécdota de la visita que hiciera alguna vez Gustavo Flaubert, a León Tolstoi. El novelista francés viajó hasta Iasnaia Poliana la hacienda de retiro del gran creador ruso. Fue el encuentro entre un joven talento y un viejo sabio. A su regreso, Flaubert escribió que había visto una corona luminosa sobre la cabeza de Tolstoi. Flaubert no era ningún místico, tal vez rayaba en el paganismo exquisito, y sin embargo creo que dijo la verdad. Claro que esta noche no están aquí, ni entre el presentado o el presentador, ni tampoco entre el público, dos personas de la grandeza de Flaubert o Tolstoi. Pero con el ojo avizor de

un periodista que ha visto morir y parir hombres, como creo en forma modesta que soy, y como un hombre que algunos momentos ha sentido la urgencia de la creación literaria, juro que Fernando Ayala Poveda tiene cara de escritor. Y este rostro del creador no está allí en el espectro de su rostro, sino en la angustia de sus ojos. Lo conozco, lo aprecio, he conversado con él, y he comprendido que una profunda angustia, una vasta incertidumbre y un desasosiego sin fronteras, se debaten en lo más profundo de su mirada. Y ya sabemos y también lo dijo Stendhal, que los ojos apenas reflejan las pasiones empozadas en el alma.

Sólo un hombre bajo este acoso podría escribir una novela como **Mujer de Magia Negra** editada por la Universidad Central y cuya entrada a la vida de la literatura colombiana

*Palabras pronunciadas por el destacado periodista y escritor Germán Santamaría, en el aula máxima de la Universidad Central durante el lanzamiento de la novela **Mujer de Magia Negra** cuyo autor es el profesor Fernando Ayala Poveda.

na festejamos esta noche. Se trata de un libro breve pero terrible, para no emplear la palabra tenaz, que en la literatura expresa una profunda violencia de espíritu. En esta novela, Fernando Ayala Poveda no sólo cuenta la historia de Rodrigo Espadero y su madre Leonor Espadero. Y el tránsito de dos vidas entre el pueblo de Orion y la ciudad de Santamaría del Puerto. En primer lugar, pocas veces se había dado una textura literaria tan densa en la joven narrativa colombiana. Se trata de una atmósfera de colores, sabores, comidas, climas, pieles, lluvias, noches, todo alrededor de un universo litoral, que no es simplemente un estadio social metafórico en realidad, es una pesadilla, pero no una pesadilla de sueños sino una larga zaga de desarraigo y despojo. Madre e hijo emigran del pueblo perdido entre los caños hacia el puerto de los navegantes porque manos criollas y foráneas saquearon primero las riquezas después conculcaron hasta la capacidad de amor.

Unidos ambos por lazos atávicos, la madre y su hijo sin padre conocido, repiten el ciclo máximo del desarraigo latinoamericano: el éxodo hacia la ciudad y la búsqueda del triunfo. El tránsito de los Espadero por el gran puerto, no tiene en **Mujer de Magia Negra** el estereotipo de la novela social de los años cuarenta, donde la urbe era como un monstruo que devoraba hacia sus entrañas. Por el contrario, Ayala Poveda traza una inmersión gozosa, que tampoco es, como se puede suponer, una visión simplista y rosada de la historia narrada. Por el contrario, en Santa María del Puerto existe un carnaval y una tragedia. Un mundo de explotadores, de villanos, de piratas de todas las nacionalidades y por todos los

metales, pero también un universo de mariposas, de comidas, de saltimbauquis de amores, es decir también todo el concierto de las ternuras humanas.

Dentro de este ámbito de una dialéctica entre la violencia y el amor Leonor Espadero llega a una conclusión reveladora: "Sabía muy bien que un error la precipitaría a la tierra del deshonor. Para su destino no había más embrujo que el del amor compartido y solidario". Esta vocación, la lleva dentro de la ciudad a desarrollar un raro instinto de la solidaridad, por lo cual un lecho compartido con dos hombres no es simplemente un "trois menage". Es, más allá del sudor de la piel, un acto de solidaridad humana inconfesable pero no menos valiente.

Esta tal vez sea la anécdota central de la novela. Pero no obstante su nitida presencia como estructura narrativa, me atrevo a considerar que en **Mujer de Magia Negra** lo mejor está en aquella invisible seda que cubre toda la novela. Se trata de una concepción arrancada de dos novelistas tan grandes como antagónicos. Se trata del polaco inglés Joseph Conrad y del brasileño Jorge Amado. ¿Cómo explicar esto?, se preguntarían todos ustedes. En realidad, yo diría que Fernando Ayala alcanzó una historia narrativa que es farsa y tragedia al mismo tiempo. Por ello, en cada párrafo, es decir en cada calle de esos puertos y en cada ensenada de ese litoral, existe una confrontación entre la vida y la muerte. Son los pasos vitales de una mujer y un hijo sometidos a las pruebas máximas de los celos, el amor, la duda, bajo una intensidad que por momentos nos recuerda a los personajes de Joseph Conrad, como aquel borracho y su

hija de la locura de Almayor. Pero junto a estos desafíos, en **Mujer de Magia Negra** se vive una farsa, un goce de la vida, de las comidas, del sexo, de todas las variantes del amor, a tal punto que también recordamos libros tan bellos como **Teresa Batista Cansada de Guerra** del brasileño Jorge Amado.

Y para cobijar y transponer en poesía literaria esta realidad, Fernando Ayala Poveda trabaja en su novela con base en una tersura verbal, en una suavidad idiomática que fluyen como los ríos para aderezar vidas y muertes que danzan en un litoral de calor pegajoso, de desarraigo y muerte, pero también volátil, de carnaval y vida. Para leer esta novela, es necesario tener la piel receptiva, sensible para entregarnos a ella en la misma autenticidad con que uno se entrega al mar o al amor.

Sólo un hombre con esa incertidumbre y desasosiego podría escribir así. Y seguirá escribiendo. No creo que Fernando Ayala Poveda pueda

desempeñar otro oficio distinto al del escritor solitario, tímido, modesto. El sabe que la literatura es un oficio de la soledad y de la autodestrucción y por eso se avergüenza antes que asumir la soberbia de un boxeador. Nació en Tunja en 1951, es un magnífico profesor universitario, ha escrito varios libros de crítica literaria, dos novelas más y deambula por la ciudad como un hombre sigiloso, abrumado por el volumen de su solitaria y desolada responsabilidad creadora. Es muy bonito que un hombre así de sencillo y de incomprendido sea capaz de escribir historias tan bellas como **Mujer de Magia Negra**. Pero también es muy bonito que la Universidad Central se vincule a estas aventuras de la creación humana y que ustedes estén aquí para aplaudir un hombre que sabe soñar porque le cuesta mucho trabajo vivir. Con su corazón leal, él camina por entre las tinieblas de Bogotá acompañado de esa entrañable y peligrosa mujer que se llama literatura.